



TUCÍDIDES

JACQUELINE
DE
ROMILLY

GEDOS



TUCÍDIDES

JACQUELINE DE ROMILLY

TUCÍDIDES

TRADUCCIÓN
JORDI TERRÉ

GEDOS

Título original francés: *Histoire et raison chez Thucydide*.

© Société d'édition Les Belles Lettres, 1967.

© de la traducción: Jordi Terré Alonso, 2013.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2022.

Av. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona

rbalibros.com

Primera edición: noviembre de 2013.

Primera edición en esta colección: noviembre de 2022.

REF.: GEBO586

ISBN: 978-84-2494-050-8

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

A LA MEMORIA DE LOUIS BODIN

CONTENIDO

Prólogo, 9

TUCÍDIDES

Introducción, 13

1. LOS PROCEDIMIENTOS DEL RELATO, 21
2. LOS RELATOS DE BATALLAS: ANÁLISIS Y NARRACIÓN, 91
3. LOS DISCURSOS ANTITÉTICOS, 151
4. LA INVESTIGACIÓN DEL PASADO: LA «ARQUEOLOGÍA», 199

Conclusión, 247

Índice de pasajes citados, 251

Este libro está dedicado a la memoria de Louis Bodin, aunque este homenaje es demasiado exiguo para la deuda de reconocimiento que he contraído al escribirlo: Louis Bodin, a decir verdad, es un poco su autor.

Había dedicado toda su vida a estudiar la composición de la obra de Tucídides, poner de relieve sus peculiaridades, analizar la estructura de cada episodio y multiplicar las observaciones y los esquemas. Y, sin embargo, la obra que se proponía escribir, y que debía haber sido su tesis doctoral, nunca fue acabada: sus ideas quedaron apuntadas en estudios de detalle, conferencias o artículos de miscelánea; en cuanto a las notas preparatorias, me fueron legadas generosamente. La comunicación que se había establecido entre nosotros en vistas a la edición de Tucídides se prosiguió de ese modo más allá de su muerte. Sus descubrimientos pasados me confirmaron algunas conclusiones y me dieron estímulo para nuevas investigaciones; se me planteaban por sí solas las preguntas que él se había planteado. Y ahora ya no sé distinguir entre su experiencia y la mía: lo que encuentro en sus papeles ya había llamado a veces mi atención, y lo que descubro gracias a él se deduce en gran parte de sus notas.

En cualquier caso, de hecho, las particularidades de detalle, sobre las que se funda este estudio, y que dieron origen a esta reflexión, fueron suscitadas la mayoría de las veces por él. Sin embargo, no me he atrevido a atribuirle, bajo ningún título, la

paternidad del conjunto: temo responsabilizarle de una empresa cuyo principio, a pesar de todo, le era ajeno, e incluso habría podido inspirarle reservas. Pero es importante al menos puntualizar que, para esta tarea, sus trabajos me proporcionaron ingredientes que son cuantiosos, y que, sin ninguna duda, están entre los mejores.

J. R.

TUCÍDIDES

INTRODUCCIÓN

La lectura de la obra de Tucídides revela inmediatamente particularidades formales bastante destacadas. No solo los discursos, con sus trenzados de fórmulas y su breve densidad, sino el propio relato, con su consistencia despojada y su fulgor de teorema, sugieren un arte excepcional. Son estas particularidades formales y este arte lo que querríamos aquí contribuir a poner en claro.

Pero, a decir verdad, no se trata solo de estilo y de expresión. La expresión no es, en efecto, más que un signo. En lo que tiene de original, revela un elemento más íntimo: constituye en el relato la aportación del autor, indica su modo de pensar los hechos, las facetas que quiere mostrar en ellos, la forma que personalmente pretende darles. Intentar definir los caracteres que adopta la exposición en Tucídides equivale a indagar cómo, a partir de los diferentes datos que obtiene de sus investigaciones, consigue elaborar ese discurso eminentemente coherente y personal que es su relato. Y en definitiva, las particularidades formales de la obra definen su propia actitud con respecto a la historia. En una época en que la historia, en general, es objeto de una atención excepcional, un estudio como este puede revestir un interés añadido. Después de tantos trabajos que tratan o bien de la historia misma, en tanto que devenir humano, o bien del conocimiento que puede obtenerse de ella y de sus límites, el análisis de los procedimientos empleados efectivamente por un historiador como Tucídides puede presentarse, de alguna manera, como un ejemplo y una aplicación.

El ejemplo proporcionado por Tucídides es incluso privilegiado. Y no lo es solo por el hecho de que se trate de uno de los primeros historiadores dignos de este nombre, ni siquiera de uno de los más grandes: lo es precisamente a causa de los caracteres que señalábamos más arriba, y que vuelven especialmente perceptible, en su obra, el papel activo y constructor desempeñado por el historiador en la elaboración de la historia.

Sin duda, lo que se espera es más bien que el historiador se eclipse, se ponga aparte, sea «objetivo». Pero, en la práctica, ¿qué podemos entender por eso? Se dirá, evidentemente, que debe ser escrupuloso en su investigación y honrado en todas las indicaciones que suministra. Se dirá también que, luego, al escribir su relato, tendrá que abstenerse de añadirle, bajo forma de comentarios, sus apreciaciones personales. Pero ¿serán suficientes estas virtudes para alcanzar la objetividad? Sería demasiado simple.

Un historiador no deja de elegir. Cuando define su campo de estudio, delimita su investigación y se informa, elige. Además, entre los datos que haya podido reunir, por incompletos que sean, y entre los documentos que haya podido conocer y recordar, por limitados que sean, sigue teniendo que elegir. Desde el momento en que establece una secuencia, desde el momento en que escribe una frase que une entre sí dos acontecimientos, está introduciendo ya una interpretación. Por eso puede permitirse describir, de manera puramente objetiva, un acontecimiento tomado al azar, por ejemplo la caída de un gobierno, sin enunciar más que hechos rigurosamente exactos en su estricto orden, pero deduciendo, según su humor, un sistema explicativo o bien otro: una serie pondrá de relieve la negligencia de un ministro, otra las dificultades económicas, una tercera las intrigas extranjeras, una cuarta determinada evolución ideológica, etc. El historiador es como un fotógrafo de quien se esperara un rigor perfecto, cuando se le encarga fotografiar un objeto mil veces mayor que el campo de su objetivo y en transformación permanente. En una situación semejante, es necesario buscar los aspectos más

característicos, y hacer con ellos después un montaje acertado. ¿Y a partir de qué criterios? Desde luego, también aquí la exigencia es que el historiador dé prueba de honradez y escrupulosidad. Pero, una vez más, es necesario que se decida. Y aunque le concedamos incluso, en su origen, un específico campo de interés, siempre más o menos en función de la época en que vive, no deja de ser menos cierto que, en el interior de este campo, y aplicándole todas las cualidades de su espíritu, debe elegir y organizar según su propio pensamiento: para alcanzar el objeto, obra como un creador.

Precisamente por eso la historia de Tucídides presenta una originalidad particular y puede constituir un ejemplo privilegiado.

Esta historia reúne, desde el punto de vista de la objetividad, condiciones excepcionalmente favorables. Tucídides relata hechos contemporáneos, sobre los que era fácil informarse minuciosamente, y él lo hizo con un cuidado y una imparcialidad universalmente reconocidos. Por lo demás, eligió un tema limitado —la historia de una guerra—, y eso le permitió realizar una investigación particularmente completa. Además, en la presentación de la historia, persiguió tan denodadamente la objetividad que casi eliminó de todas partes el análisis personal, dejando hablar y actuar a esos personajes con un inflexible rigor. Y no es sorprendente ese rasgo cuando pensamos que, habiendo desempeñado un papel en los acontecimientos que relata, se limita a nombrarse en tercera persona, sin explicación ni comentario de ningún tipo, obrando en definitiva al revés de lo que hará Jenofonte. En cuanto a su interpretación, a su montaje, para retomar la imagen empleada anteriormente, es tan difícil ver en ella el reflejo ya sea de sus gustos personales, ya de ideas *a priori*, que sus detractores le han reprochado, según los casos, el estar demasiado a favor de los unos o bien de los otros, el ser demasiado severo o bien demasiado indulgente.

Sin embargo, esta historia, que brinda tan plenas garantías, y que tiende de manera tan conmovedora a la perfecta objetividad del erudito, es también aquella en que la intervención del autor es

la más profunda. Cada frase, cada giro, cada silencio, cada observación, contribuye a deslindar un significado que él ha distinguido e impuesto.

Lo ha distinguido con lucidez y clarividencia, nada le ha guiado salvo su inteligencia, nada le ha servido de criterio excepto su razón. Pero, en fin, ha elegido, construido y rehecho la historia. Y si se ha borrado de su obra en tanto que individuo es para imponerse en ella tanto mejor como intérprete y creador. Ninguna historia sabrá respetar, más que la suya, los documentos, pero ninguna estará tampoco más alejada de una simple serie de documentos. Y en definitiva, ha realizado la paradoja de hacer servir la más rigurosa objetividad para la elaboración más personal.

Eso es precisamente lo que confiere a su obra esa fuerza expresiva que no puede dejar de impresionar al lector. Y esa es la razón por la que los procedimientos que han permitido alcanzarla merecen por sí solos ser analizados de manera detenida. Pero, al mismo tiempo, en la medida en que implican una actitud original —audazmente sistemática y, sin embargo, irrefutable—, sugieren la variedad de soluciones que puede adoptar el historiador y, sobre todo, la dificultad del problema que se le plantea necesariamente desde el momento en que actúa como un creador.

A este respecto, cuanto más preciso, e incluso técnico, sea el estudio de estos procedimientos, más convincente será, y tendrá más alcance. La originalidad solo se manifiesta de cerca. Es evidente, en efecto, que todos los historiadores organizan los elementos de sus investigaciones e intervienen mediante una serie de elecciones y de construcciones para clarificar su discurso. Únicamente el modo de esta intervención puede ser instructivo. Y, en Tucídides, la estrecha fusión que existe entre la narración propiamente dicha y la interpretación, impone una minuciosidad todavía mayor.

Por eso hemos creído necesario proponer, en cada uno de los estudios que siguen, ejemplos bastante detallados, que hemos analizado no solo en su estructura, sino incluso en las palabras. Desde

luego, no pretendemos haber agotado aquí todos los problemas que planteaba el texto. A propósito de cada texto, no hemos ni considerado todos los aspectos ni resuelto todas las dificultades, ni mucho menos. Y todavía podemos pretender menos que estos cuatro breves estudios puedan dar cuenta del método en la totalidad de la obra: la tarea a la que consagró Bodin sus esfuerzos no se ha realizado de ninguna manera aquí. Al menos hemos intentado deslindar, eligiendo algunos episodios representativos, los caracteres más manifiestos, y de ese modo definir, poco a poco, los rasgos más relevantes del método adoptado por Tucídides. Además, cada vez que eso ha sido posible, hemos intentado cotejar esos procedimientos con el movimiento de pensamiento contemporáneo, tratando de averiguar así en qué se distinguía Tucídides de sus predecesores para elaborar métodos más cercanos a los nuestros, y también en qué se mostraba fiel a los hábitos antiguos, duraderos o provisionales, que en la actualidad nos desconciertan precisamente porque corresponden a lo que, en la herencia de la Grecia clásica, se ha perdido o abandonado.

Un proyecto semejante comporta evidentemente dificultades de presentación. Los ejemplos analizados demasiado de cerca suelen parecer fatigosos; en cambio, las búsquedas de equivalentes suelen adquirir un aire de digresión. Pero, sobre todo, las conclusiones que han de extraerse corren el riesgo de repetirse de un ejemplo a otro. Esperamos haber remediado en alguna medida estos inconvenientes, al organizar estos análisis según un encadenamiento lógico. Aprovechando el hecho de que no se trata aquí de un estudio exhaustivo, hemos intentado caracterizar el método de Tucídides seleccionando, deliberadamente, cuatro aspectos sucesivos capaces de ilustrar su itinerario íntimo y de señalar a modo de etapas, a medida que el impulso de la inteligencia se ejerce de forma más perceptible.

Dado que se trataba de determinar la parte correspondiente a la intervención personal y a la interpretación aportada por Tucídides en la elaboración de su relato, creímos que debíamos partir de los ejemplos más simples. Para ello, tratamos en primer lugar a Tucí-

dides confrontado con el problema del historiador bajo su forma más común, y examinamos una de las partes más aparentemente objetivas de la obra: aislamos, en efecto, un episodio puramente narrativo, que no incluye ni análisis ni discurso, y que describe una breve serie de operaciones militares, importantes sin duda por sus consecuencias, pero rigurosamente delimitadas en el tiempo y en el espacio. El ejemplo elegido ha sido el de la tentativa de sitio de Siracusa por las tropas atenienses. Y nos pareció posible discernir, incluso en un texto de ese tipo, toda una serie de elecciones, intenciones y medios muy sutiles destinados a cargar el relato de significaciones, a pensarlo, organizarlo y transformarlo en discurso inteligible.

Este gusto por el análisis razonado, unido al gusto por la objetividad exterior, iba a hacer que Tucídides desarrollase ante su lector los razonamientos mismos de sus personajes. Así es como los discursos desempeñan en él una función capital y muy comprensible. A ellos remite, de hecho, todo el sistema de interpretación que se desprende de los diferentes episodios. Al situarse en el plano de la inteligencia, son el lugar por excelencia de los análisis: la relación que se establece entre ellos y el relato constituye, pues, en Tucídides, el verdadero andamiaje de la exposición. Para estudiar su principio, hemos creído necesario, también aquí, partir de ejemplos simples y muy delimitados. Por eso hemos evitado tratar la relación existente entre los discursos políticos y la acción, a menudo a largo plazo, que prevén o que preparan. Al contrario, hemos elegido el caso del discurso militar y estudiado el papel que desempeña en la exposición, resituándolo para ello en el marco de los relatos de batalla en general. La originalidad que demuestra Tucídides en la materia, y que distingue sus relatos de todos los de sus antecesores, reside precisamente en el papel que desempeña en ellos el análisis preliminar, ya se confíe a una exposición indirecta, o mejor, a un discurso, o, mejor incluso, a dos discursos antitéticos, donde se confrontan argumentos opuestos.

Pero, si ese es el límite hacia el cual tiende el relato de Tucídi-

des, se hacía entonces natural tratar en sí mismos los procedimientos de esta confrontación en estado puro, es decir, seguir a Tucídides en este plano de la dialéctica, al que arrastra a su lector, cuando, como prefacio a una acción —ya sea política o militar—, le propone un sistema de discursos antitéticos. En la sequedad de su tono, estos discursos se responden, y esgrimen sus argumentos y sus frases con una precisión que revela una técnica depurada. Las costumbres de la época pueden explicar su boga, pero el uso que hace de ella Tucídides es tan exhaustivo, tan sutil, tan preciso, que pone de manifiesto, mejor que cualquier otro rasgo, el esfuerzo realizado por él al servicio de la razón.

Así, partiendo de ese «objeto» supuesto, que se confundiría en última instancia con una documentación exhaustiva pero inorgánica, asistimos a la penetración cada vez más profunda y cada vez más libre de la interpretación racional. Pasamos del hecho replanteado al hecho cotejado de un análisis, y luego al análisis puro. Parece, pues, que esta dialéctica debería constituir algo así como el límite y la culminación del método, y por consiguiente proporcionar su temática al último de nuestros estudios.

El papel de la interpretación racional puede, sin embargo, ser llevado aún más lejos, y así sucede cuando, no contento con organizar, gracias a ella, los hechos que conoce al menos clara y correctamente a través de los testimonios, el historiador pide a su razón que le suministre esos mismos datos. Gracias a la naturaleza de su objeto y a las características de su método, este caso, en Tucídides, solo puede ser excepcional. Pero existe a pesar de todo. Y aun con ser único, no es menos característico. Tucídides, en efecto, cuando encabeza su obra con una exposición que indica bajo qué aspectos sería necesario, según él, representarse la evolución de Grecia desde los tiempos más remotos hasta la guerra del Peloponeso, se ve llevado a abordar deliberadamente una historia todavía mal explorada, sobre la que no había casi ningún documento que fuera directo y seguro. Solo pudo hacerlo gracias a su confianza en la

razón. Solo pudo hacerlo porque esta le pareció capaz no solo de organizar los datos de hecho, sino también de suscitarlos y de suplirlos incluso en su ausencia, proporcionando no ya únicamente su trama, sino la sustancia misma de la historia. Y así como organizaba con más fuerza y más habilidad que nadie los resultados de sus indagaciones, así también se entregó a esta diferente tarea con una conciencia aguda de las innovaciones intelectuales que suponía y que prodigó más que cualquier otro.

Una empresa semejante sigue siendo, en Tucídides, un caso aislado, y, al consagrar esta última victoria de la razón frente a las dificultades de la historia, alcanza un límite: la razón no podría ir más lejos sin arruinar a la historia. Pero este mismo límite es el que el movimiento del resto de la obra habría podido, por sí solo, hacer prever, y esta excepción es la que podía confirmar mejor la regla.

Ni que decir tiene, por lo demás, que esta distinción y esta progresión, así establecidas entre los distintos aspectos en los que se delata la intervención de la razón, no se corresponden más que con una clasificación puramente teórica y solo se justifican por la comodidad del análisis. En la elaboración de la obra, se dan progresos sucesivos: la soberanía ejercida por la inteligencia constructiva sobre los datos de la historia es, siempre y en todas partes, absoluta. La manera en que se señala solo varía en función de las circunstancias. A este respecto, los cuatro estudios que siguen no mantienen entre sí un simple vínculo de encadenamiento: por la conclusión común que se desprende, se confirman mutuamente.

NOTA: Algunos de estos análisis fueron esbozados en conferencias o ensayos anteriores. En concreto, el tema de la primera proporcionó el tema de una exposición presentada en Cambridge, en agosto de 1951, en el Congreso Triannual de la Federación de las Asociaciones Inglesas de Estudios Clásicos. Y la cuarta, sobre la arqueología, utiliza las notas de detalle reunidas en nuestra tesis secundaria. Por otra parte, las conclusiones fueron esbozadas en varias conferencias impartidas en París, Copenhague y Gante.

I
LOS PROCEDIMIENTOS DEL RELATO

En la lectura de la obra de Tucídides, lo más sorprendente es la existencia y el contenido de los discursos. Hay ahí, en la historia, un elemento que difiere abiertamente de los hábitos de la ciencia moderna y que, tanto por los razonamientos de que hace uso como por la libertad que implica, parece especialmente adecuado al análisis personal. Sin embargo, ni la presencia de esos discursos, ni su densidad, deben deslumbrarnos hasta tal punto que absorban toda la función interpretativa y que el resto de la exposición parezca, por contraste, la simple reproducción de los hechos. No porque falten las consideraciones generales, la elaboración histórica es menos real o menos personal. No hay simple reproducción de los hechos, y en Tucídides menos que nadie.

Ese es el motivo por el que parece legítimo abordar el estudio de sus procedimientos por el examen de un relato del que los discursos están ausentes.

Habríamos podido elegir para eso cualquier parágrafo de la obra. Pero tal vez el ejemplo sea más instructivo si se trata de un episodio al que Tucídides haya concedido más atención: tal es el caso para el grupo de capítulos que relata —sin discursos pero no sin brillantez— la tentativa ateniense de sitiar Siracusa y el fracaso deparado a esta tentativa por la llegada a Siracusa del lacedemonio Gilipo (VI 96-VII 9).

Si dispusiéramos de otros relatos, realizados por historiadores contemporáneos, la comparación sería instructiva: de hecho, su

parte es muy reducida, ya que estos acontecimientos nunca fueron narrados por otros historiadores que aquellos que tuvieron a Tucídides como fuente principal. En cambio, es cierto que este episodio, grávido de consecuencias, merecía toda la atención del autor: el relato que hace de él corre el riesgo, pues, de presentar características bastante marcadas para poder, por sí solo, dar del método una idea que sea especialmente nítida y completa. En tal caso, debería revelar cómo Tucídides elige y expresa determinados hechos, que desea recordar, y cómo también dispone su relato, en un orden y no en otro.

I

En una misma sucesión de hechos, conocida por una misma información, dos historiadores diferentes retendrán evidentemente elementos diferentes.

Entre la llegada de las tropas atenienses a Sicilia y sus primeras derrotas, Eurípides, nos dice Plutarco, les atribuía ocho victorias, cifra que Plutarco considera por otra parte insuficiente (*Nic.*, 17). Ahora bien, es si no imposible, al menos muy difícil, reconstruir, a partir del relato de Tucídides, lo que pudieron ser esas ocho victorias. Sin duda, hay que reconocerles un cierto número (cinco, al parecer) en el grupo de los capítulos considerado aquí. Pero la dificultad misma que se experimenta en identificarlas revela suficientemente que Tucídides, menos ocupado en exaltar los méritos de las tropas que en clarificar el encadenamiento de los hechos, no creyó necesario aislarlas como acontecimientos. Las toma, las sumerge en lo que constituye la unidad del texto, a saber, la tentativa de sitio emprendida contra Siracusa y su fracaso.

¿Tendrá éxito Atenas? ¿Podrán sus fortificaciones aislar a tiempo a Siracusa? Esa es la única cuestión que se plantea y que sobrevuela el conjunto del relato. Una victoria ateniense solo in-

terviene como la posibilidad de emprender o proseguir la construcción de un muro; una victoria siracusana se convierte únicamente en un medio para retrasarla o impedirla. Y eso es lo que proporciona al texto ese carácter de continuidad y de unidad que le es propio, y que hace que el lector pueda seguir paso a paso, en el detalle de su progresión, el desarrollo de una sola empresa y de un único proyecto.

El pasaje comienza con el desembarco de los atenienses en las proximidades de Siracusa. Con antelación, los siracusanos habrían querido defender la meseta de las Epípolas para dificultar que los atenienses, aunque victoriosos, los sitiaran. Pero precisamente los atenienses, tan pronto como desembarcaron, se hicieron con las Epípolas y construyeron una primera fortaleza: la tentativa de sitio, preocupación mayor de ambos adversarios, comenzó entonces.

Los trabajos proseguirán, y Tucídides menciona cuidadosamente su desarrollo. Comienzan con la construcción de la obra circular (98, 2: ἐτείχισαν τὸν κύκλον); continúan primero con el muro norte (93, 1: ἐτείχιζον... τὸ πρὸς Βορέαν τοῦ κύκλου τεῖχος) y, después, con el inicio del muro sur (101, 1: ἀπὸ τοῦ κύκλου ἐτείχιζον οἱ Ἀθηναῖοι τὸν κρημνὸν τὸν ὑπὲρ τοῦ ἔλους); finalmente, con su culminación (103, 1: ἅπν Ἐπιπολῶν καὶ τοῦ κρημνώδους ἀρξάμενοι ἀπετείχιζον μέχρι τῆς Βαλάσσης).

A cada uno de estos progresos se corresponde, del lado de los siracusanos, con una tentativa de oposición, marcada por la construcción de muros transversales. En primer lugar, el muro de contrabloqueo, de 99. 3 (ὑπστείχισμα), construcción por debajo del fuerte circular de los atenienses,¹ responde a la construcción por parte de los atenienses del muro norte, y lleva consigo una inter-

1. Sobre la interpretación exacta de estas indicaciones, véase nuestro apéndice topográfico, *ad loc.*, en la edición de *La guerre du Péloponnèse* de la Colección de las Universités de France.

vención armada como consecuencia de la cual estos lo destruyen, en 100, 3 (τήν τε ὑπστείχισιν καθεῖλον). La segunda construcción, que responde a las primeras construcciones sur, se emprende más al sur, a través del pantano (101, 2). Esta vez se trata de un foso y de una empalizada: los atenienses la atacan, a su vez, y se apoderan de ella (101, 3). Los siracusanos desesperan entonces de poder impedir el sitio (102, 4).

En este momento, los atenienses están por tanto cerca de alcanzar el éxito: la mención de los diferentes trabajos lo indica de sobra. Y eso confiere valor dramático a la interrupción que sigue: sucede, en efecto, que el lacedemonio Gilipo, que navegaba en auxilio de Siracusa, obtuvo informaciones acerca del estado de esas construcciones (VII 1, 1) y apresuró su llegada. Pronto subirá también a las Epípolas. ¿Cuándo llegó? En caso de que no hayamos prestado suficiente atención a las sucesivas etapas, no obstante tan bien señaladas por Tucídides, este precisa el estado exacto de los trabajos: «Se dio el caso de que su llegada se produjo (Ἐτυχε δὲ κατὰ τοῦτο τοῦ καιροῦ ἔλθων...) en el momento en que los atenienses ya habían terminado el doble muro de siete u ocho estadios que se extendía hasta el Puerto Grande, a excepción de un pequeño tramo junto al mar en el que todavía estaban trabajando. En cuanto a la otra parte del muro, la que desde arriba del fuerte circular se dirigía a Trógilo, en el otro lado del mar, ya se habían amontonado las piedras en la mayor parte del trazado e incluso habían quedado tramos a medio construir y otros completamente acabados. Tan cerca del peligro estuvo Siracusa». Este resumen, técnico y preciso, y luego este comentario, no carente de énfasis, son importantes. Así como cada hecho se remite, por sí mismo, al progreso del sitio, así también la peripecia se deduce con respecto a él: la insistencia es solo mayor en la medida en que resultará más afectado.

En efecto, ¿qué puede hacer Gilipo? Bajo su dirección, los siracusanos, mientras atacaban un punto débil del muro sur, co-

menzaron en la meseta, al norte, un nuevo muro transversal (VII 4, 1). Y este consiguió cortar el muro de los atenienses (6, 4). Los siracusanos alcanzaron su objetivo: incluso en caso de victoria ateniense, el sitio de Siracusa se había vuelto imposible.

De este modo, el conjunto de estos capítulos, refiriendo todo a un mismo problema y a la pugna entre dos intenciones contrapuestas, consigue presentar una especie de pequeño drama, con plena coherencia, y en el que reina una perfecta unidad de acción. Este resultado se mostrará tanto más relevante si pensamos en que autores posteriores a Tucídides, y que encontraron en él un material totalmente organizado, como Plutarco y Diodoro, no supieron, ya que su preocupación era otra, preservar esta claridad. En especial Plutarco que, deseoso de mostrar el valor de su héroe, cita como una de sus hazañas el haber «rodeado Siracusa de fortificaciones», y más lejos puntualiza que «casi enteramente» lo consiguió, y solo en el momento en que llegan los auxilios indica cuál era de hecho la situación. Ahora bien, ni la brevedad ni la preocupación por interesarse únicamente en Nicias pueden alegarse aquí como explicaciones, puesto que se encuentran en Plutarco detalles ajenos a Tucídides y sin ninguna relación directa con Nicias.² La verdad es más bien que Tucídides intenta, al referirlo todo a una misma idea, clarificar algunos encadenamientos, mientras que Plutarco está animado por una preocupación diferente.

Podríamos pensar que, si Tucídides eligió centrarlo todo en torno a la historia del sitio, es porque este le interesa por sí mismo. Historiador de una guerra, y él mismo estratega, dirigiría entonces a los hechos militares un interés técnico, y las páginas que nos ocupan traducirían, del modo más preciso, su sentido de la polior-

2. Por ejemplo, para el combate singular entre Calícrates y Lámaco (18, 3) o las burlas de las que es objeto Gilipo, al principio, por parte de los atenienses (19, 5).